



DIVINAS PALABRAS INAUGURA EL TEATRO VALLE-INCLÁN DE MADRID

Magda Ruggeri Marchetti

Dirección: Gerardo Vera. Versión: Juan Mayorga. Escenografía: Ricardo Sánchez Cuerda y Gerardo Vera. Iluminación: Juan Gómez Cornejo. Intérpretes: Fernando Sansegundo, Jesús Noguero, Pietro Olivera, Sonsoles Benedicto, Julia Trujillo, Julieta Serrano, Elisabet Gelabert, Alicia Hermida y otros veinte actores.

Ramón María del Valle-Inclán escribe en 1919, un año antes de *Luces de Bohemia*, *Divinas palabras*, que constituye el puente entre las *Comedias bárbaras* y el esperpento. En efecto, los personajes y las situaciones recuerdan la estética de sus obras anteriores y al mismo tiempo enlazan con su singular nueva creación.

Dos grandes temas se superponen y se confunden en la pieza: la avaricia y la lujuria, así como el arcaísmo de una comunidad rural atrasada y la libertad que supone la aparición de Séptimo Miau.

La versión de Juan Mayorga es respetuosa y fiel y no añade una sola palabra a las de Valle. Sin embargo, enfoca la obra como una representación de un equipo de teatro. En efecto, los actores aparecen al principio preparándose para el espectáculo y al final se despojan del vestuario de la función. Además condensa el texto con gran precisión fundiendo algunos personajes en otros que expanden su funcionalidad. Por ejemplo, en Benita se concentran otras protagonistas femeninas y el perro Coimbra, aquí interpretado por un actor, se le aparece a Mari Gaila en lugar del trasgo cabrío, etc., etc. La humanización del perro nos parece un gran acierto porque este animal no es más que una emanación de su dueño y sobre todo porque los personajes de Valle están más cerca del mundo animal que del de los hombres.

La obra trata de la lucha entre dos hermanos por obtener la custodia de un sobrino minusválido, atado a un cajoncito rodante, que suscita compasión, exhibiéndolo por las ferias para obtener buenas limosnas. A su alrededor pulula un muestrario de personajes brutos y animalizados entre los que aparece Séptimo Miau, farandulero, asesino y lujurioso, que seduce a Mari Gaila sedienta de libertad y de sexo, reprimidos en esa sociedad tan cerrada. Pero el mundo sórdido que presenta la obra se ve elevado por el maravilloso y elaborado lenguaje que impacta al espectador como un relámpago.

El primer montaje en 1933 de Cipriano Rivas Cherif, con Marguerita Xirgu encabezando el reparto, fue un fracaso porque el público no estaba preparado para este novedoso canon teatral. Habría de esperar treinta años, con José Tamayo, para el primer éxito.



Divinas palabras. Teatro Valle-Inclán de Madrid.

Gerardo Vera ha inaugurado felizmente el teatro al que él mismo ha puesto el nombre de Valle-Inclán, como muestra de la gran devoción que siempre ha profesado por este irrepetible dramaturgo. Ya había dirigido esa obra cuando, de estudiante, formaba parte del TEU. Su espectáculo, de expresionismo oscuro, goyesco, restalla de violencia. Para dar a la fuerza del lenguaje de Don Ramón todo el relieve que merece, ha recurrido a un espacio que no es un decorado en cuanto contiene sólo un árbol que encierra muchas metáforas y que es arrancado de raíz en escena para reaparecer aleatoriamente, excepto cuando Coimbra hace cabalgar sobre él a Mari Gaila en un claro símbolo de la fuerza del sexo.

Todo el reparto es de gran altura, y es muy difícil en una obra coral matizar las diferentes actuaciones que en conjunto realizan una gran labor: Fernando Sansegundo es un Pedro Gailo demasiado joven y sobre todo al final quizás no tiene la fuerza necesaria que requiere el momento. Elisabet Gelabert es una Mari Gaila marchosa y gallarda, ansiosa de libertad y de sexo. Jesús Noguero en el papel de Séptimo Miau nos transmite perfectamente la golfería lujuriosa de un personaje canallesco. Alicia Hermida representa con gran profesionalidad a la jefa del clan de los Gailos mostrando su avaricia, intransigencia y sobre todo su odio hacia la cuñada. Perfectas las actuaciones de Julieta Serrano y Sonsoles Benedicto.